

¡LISTOS PARA RESUCITAR!

DOMINGO 5º DE CUARESMA

10 de Abril de 2.011

En aquel tiempo, un cierto Lázaro, de Betania, la aldea de María y de Marta, su hermana, había caído enfermo. María era la que ungió al Señor con perfume y le enjugó los pies con su cabellera; el enfermo era su hermano Lázaro. Las hermanas mandaron recado a Jesús, diciendo: Señor, tu amigo está enfermo. Jesús, al oírlo, dijo: Esta enfermedad no acabará en la muerte, sino que servirá para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella...

Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedaba en casa. Y dijo Marta a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá. Jesús le dijo: Tu hermano resucitará. Marta respondió: Sé que resucitará en la resurrección del último día.

Jesús le dice: Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto? Ella le contestó: Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo... Juan 11, 35-45

Dinos, Lázaro, ¿fue un favor o una faena imperdonable aquello de tener que resucitar, salvado y todo como estabas? ¿No fue un venir a menos el ser de nuevo devuelto a la vida...? De no ser tan imperativo tu amigo Jesús, de haberte pedido opinión, ¿hubieras aceptado, espigado como estabas, retroceder a tu antigua condición de grano mortal...?

¿O tal vez, Lázaro, lo tuyo más que resurrección fue sobre todo un decirnos Jesús que para sus amigos fieles la muerte sólo tiene la penúltima palabra, y que es Él quien se reserva la decisión final de violar los sepulcros y convertirlos en cunas?

Ciertamente tú sabes como nosotros que, aunque queremos vencerla, los mortales no podemos con la muerte. Que no pueden nuestras tumbas devolvernos a nuestros lázaros llorados, por muy desgarrador que sea el grito doliente con los reclamamos para aquí. Que, aunque desgarrremos nuestras gargantas con llantos totales y escarbemos en la tierra destrozando nuestros dedos, son más sordos nuestros cadáveres y más tenaces las garras de los sepulcros. Que, por muy prometedoras que sean nuestras técnicas de salvación, muy rejuvenecedoras nuestros cirugías estéticas y muy pretenciosos nuestros seguros de vida, son sólo

anestias, aplazamientos y parches nuestros esfuerzos titánicos por sustraernos a la muerte.

Lo bueno en tu caso, Lázaro, y en el caso de todos los muertos, es que nuestras muertes le han hecho llorar a Dios; y que sus lágrimas amigas, al regar nuestras cenizas quebrantadas, han sido y seguirán siendo lluvia fecundadora de vidas. Que su amistad con nosotros es tan entrañable y fiel, que no puede prescindir de sus amigos. Que es tanto lo que se apasiona por nosotros, que le llevan al extremo de realizar imposibles y oficiar creaciones nuevas.

Por eso, Lázaro, aunque la tememos, esperamos la muerte. Aunque la rechazamos, la acogemos. Aunque nos parezca aborto, la celebramos como nacimiento. Aunque parezca fracaso total, la saludamos como gracia definitiva. Aunque se nos presente como terminación del hombre todo, confesamos que la muerte es el remate final de nuestra obra, el remache ultimador con que Cristo, Resurrección y Vida, perfecciona e inmortaliza a los hombres que fueron.

Y es que junto a las tumbas está el Amigo doliente, Muerto Él y Resucitado, que con sollozos imperativos no deja de pronunciar: "Lázaro, sal afuera". Estás Tú, el primer Nacido de la muerte, en quien todos nosotros, como Marta, ponemos toda la esperanza: Sí, Señor, yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que iba a venir al mundo. Nuestra comunión contigo en esta vida nos prepara ciertamente a cruzar la frontera de la muerte, para vivir sin fin la Vida eterna. Los hombres fuimos, en efecto, creados y recreados para la resurrección, verdad ésta que da la dimensión auténtica a la historia de los hombres, a nuestra existencia personal y a la vida social, a la cultura, a la política, a la economía. Privado de la luz de la fe, de esta fe pascual, todo el universo acabamos encerrados dentro de un sepulcro sin futuro, sin esperanza, bajo las garras de una muerte general frustratoria de todos los dolores de parto con los que la creación entera está a la expectativa de dar por fin a luz total a los Hijos de Dios, Vivificados por vuestro Espíritu y Hermanos tuyos, ¡oh Cristo Muerto y Resucitado!

Juan Sánchez Trujillo